

Pirinos por el mundo

Por Alejandra Pino Miguel

Durante los últimos años y gracias a estar cursando un grado universitario en el extranjero, he tenido la oportunidad de vivir y de estudiar tanto en Escocia como Singapur; así como viajar por diferentes países. Viajar siempre me ha encantado y por tanto siempre he intentado aprovechar al máximo esta experiencia. Y es que no solo conoces a muchísima gente increíble y de todas partes del mundo, también te das cuenta de que cada sitio tiene un encanto especial que les hace únicos y que es el resultado de una mezcla entre sus idiomas, cultura, gastronomía, fiestas y tradiciones entre muchas otras cosas. Todo esto te hace ver la cantidad de formas de vida tan diversas que existen, así como volverte a plantear muchas cosas, madurar y crecer, pero sobre todo aprender.



Este aprendizaje trasciende mucho más allá de los estudios académicos. De Singapur me quedo principalmente con una sociedad en la que el respeto y la tolerancia son primordiales, ya que en esta pequeña ciudad estado coexisten en perfecta armonía una gran cantidad de culturas, idiomas y religiones, valor que hoy en día considero de increíble importancia; así como a abrir mi mente a una gran cantidad de cosas nuevas, desde una cultura gastronómica completamente nueva para mí, hasta acostumbrarse al estilo de vida de una sociedad donde impera el orden la limpieza y la organización. Por otra parte, de Escocia, aunque con una cultura similar a la que se puede tener en España, nunca ha dejado de sorprenderme. Desde sus tradiciones hasta la gran concienciación medioambiental que tienen y con la que mantiene sus increíbles paisajes perfectamente conservados.



No solo gracias a mi experiencia en Escocia y Singapur, sino a todos los lugares por los que he viajado o vivido en algún

momento de mi vida, me han hecho absorber algo de ellos, moldeándome y convirtiéndome en la persona que soy ahora. Hace poco me preguntaron cuál de todos estos sitios había sido el que más me habían marcado. No tuve que pensarlo mucho para darme cuenta de que ese sitio no estaba en ningún país perdido de Asia, ni si quiera en algún lugar de la Escocia a la que he acabado teniendo tanto cariño, sino en Villanueva de Cameros.

Y es que si algo tengo claro es que Villanueva siempre tendrá un lugar especial en mi corazón. Nunca me podre olvidar de todas esas tardes jugando a primis en el frontón, los juegos en la plaza, ir al pantano un día sí y otro también, las excursiones al monte, coger renacuajos en el río, o simplemente una tarde cualquiera comiendo pipas en el chamizo. Pero sobretodo sus gentes, con los que, aunque muchas veces solo nos veamos un par de semanas en verano, dejan de ser amigos o vecinos para convertirse en familia.



No solo eso, si no que cuando me paro a comparar, esos asados para cenar en noches de verano, las degustaciones en la plaza o a las calderetas de Luciano en las comidas populares no le tiene nada que envidiar la gastronomía de Singapur. Ni nuestras queridísimas fiestas de Villanueva y sus verbenas a las ceilidhs escocesas, en las que no sabes si la siguiente canción va a ser un pasodoble, el vals del obrero o la canción del gorila. ¡Esos sí que son bailes!

Supongo que es difícil entender por qué Villanueva es un lugar tan especial sino eres de ahí, y es que, lo que hace a Villanueva tan especial, es esa sensación que te provoca al volver después de casi un año fuera y sentir que todo sigue siendo exactamente el mismo sitio del que guardas tantos buenos recuerdos y en el que cada año al regresar te vuelves a sentir en paz, feliz y como en casa.